

ANÁLISIS DE LA OBRA

Esta comedia tiene una peripecia simple en extremo y de extremos extravagantes: tres personajes sin mayor interés y a propósito para extravagancias, proliferación de monólogos (seis sobre catorce escenas, y uno abre la obra), parlamentos que causan asombro por su desatino o su cursilería amatoria, y bordea a cada momento el sentimentalismo más epidérmico.

La obra se resume en dos intervenciones que hablan por sí mismas:

“Leonor.

Y aunque a mi egoísmo cuadre
ver que un esposo me escuda,
al recordar que soy viuda
¿cómo olvido que soy madre?
Mi corazón, de ese modo,
partiera con otro yo...
¡No, hija de mi vida, no!
Tú le necesitas todo.”

.....

“D. Carlos.

¡Heme aquí reo confeso
de conato de bigamia!
Dejar a Luisa es infamia;
mas Leonor... Yo pierdo el seso.”

Porque este buen hombre enamoró a la hija de esa buena mujer, y luego –malvado– la olvidó; y ahora vuelve y se enamora de la madre, sin reconocer a la hija, que todavía lo ama; y bien: la madre qué no hará por una hija –incluida mucha sandez– hasta que esta hija pueda tener a su D. Carlos.

El autor aplica a sus personajes con tesón en esa tarea. El mozo ama por lo rápido (“*Leonor*. Después de un breve prelude,/sin ambages, sin estudio,/ me ha declarado su amor.”), y la madre se hace guerra a sí misma, añadiéndose años, mentando sus próximas arrugas, vistiéndose a lo pobre, dando un listado completo de olorosas viandas de cocina, y colocando a la niña. La niña, mientras tanto, hace pucheros, anda lela, toca el piano, protesta de amor, coge flores y pesca novio.

Si este es el argumento del quehacer de los personajes, sus parlamentos son para reproducidos:

- “Leonor.* Su tía que no es un lince,
[*Se sienta.*]
en los trece años fió,
sin considerar que yo
entré en el yugo a los quince;
y pues al ciego Cupido
no plugo que esa rapaza
degenere de su raza....”
[...]
- Carlos.* Pero..... ¡casadera!..... ¿Cómo...?
Ello, sí, me pareció
un tanto desarrollada....;
pero eso ¿qué prueba? Nada.
- Leonor.* ¿No prueba nada?
- Carlos.* Aquí no.
Feraz aquí como en Lima,
es la tierra de tal modo....
Flor, mies, árbol, mujer....; todo
es precoz en este clima.

Mas puede físicamente
ser núbil..., no lo disputo,
y estar en agraz el fruto
del corazón y la mente;
porque, en años juveniles
viendo a su madre, presumo
que esa muchacha, a lo sumo,
podrá tener doce abriles.

Leonor ¡Diecisiete!

Carlos. ¡Dios inmenso!—

Entonces está atrasada.”

[...]

Leonor. ¡Mi hija!.....

Carlos. ¡Dale con la hija!

Si eso le da sentimiento,
que se case ella también,
y si no tiene con quien,
que se meta en un convento.”

[...]

Carlos. Es pregunta
que no la haría un salvaje.”

[...].

(Ya he soltado otra sandez.)

Cuando se abandona este registro y se adopta el amoroso, se ofrecen dichos como estos:

“*Luisa.* No: mentida fue tu llama,
hombre falso y sin conciencia.
¿Qué son cuatro años de ausencia
para quien de veras ama?
Yo, que era una niña entonces,
te reconozco al instante,
y en lo firme y lo constante
venzo a mármoles y bronces;”

364

T E X T O

¡POR UNA HIJA!
COMEDIA EN UN ACTO

**Estrenada en el teatro del Príncipe
el día 15 de octubre de 1856 (*).**

PERSONAJES

LEONOR. LUISA. D. CARLOS.

La acción pasa en Marbella.

*Sala bien amueblada. Puerta en el foro, que es la principal:
otra a la derecha del actor: a la izquierda una ventana.*

Entre los muebles habrá un piano y un espejo.

(*) Publicada el año 1854 en el tomo XII del periódico literario titulado *Museo de las Familias*.

ESCENA I.

LUISA.

[Aparece vestida con negligencia: bata oscura, pañuelo grande, oscuro también y muy sencillo, de crespón de la India, cogida con papillotes la parte anterior del cabello. Lee una boleta de alojamiento.]

“De orden del ayuntamiento,
doña Leonor Almazán
alojará a un capitán.”

[Dejando la boleta sobre el piano.]

¡Mal haya el alojamiento!...

Desde que tantos pesares
me dio, Carlos, tu falsía,
tengo horrible antipatía
a todos los militares.

¿Quién dijera, hombre falaz,
que aquel tu amor dulce y tierno,
tan ponderado de eterno,
era un capricho fugaz?

Y yo, ¡ay simple! le creí
como el mío fiel, vehemente;
¡y a los dos meses de ausente
ni te acordabas de mí!

¡Y objeto quizá de risa
fueron en algún café

las cartas que su fe
te juró la pobre Luisa!

¡Que así los hombres ultrajen
los más santos juramentos!...

Y tras de tantos tormentos,
[*Con la mano en el pecho.*]
¡todavía aquí su imagen!...

ESCENA II.

LUISA. D. CARLOS.

[*Llega D. Carlos por la puerta del foro, en traje de capitán de infantería, tostado y lleno de polvo, como quien acaba de caminar.*]

Carlos. ¿Permite usted...?

Luisa. Sí, señor.

[*Se acerca D. Carlos.*]

(Ya está aquí. ¡Suerte cruel!)

Carlos. Celebro...

Luisa. (¡Qué miro!... ¡Es él!)

Carlos. Que el *fiat* de un regidor
a dama de tales dotes
me permita...

Luisa. (¡Él es, sí! ¡Hoy muero!)

Carlos. Besar los pies...

Luisa. Caballero...

Carlos. (¡Qué diantre de papillotes!)

Luisa. [*Turbada.*]

Aquel es el cuarto... Pase
usted...

Carlos. Luego...

Luisa. (¡Dios me asista!)

Carlos. (Vuelve al otro lado la vista
y no concluye una frase.)
Habrá en casa otra patrona,
porque usted...

Luisa. Soy hija...

1. **Papillotes.** Rizos con rulos.

Carlos. Ya.
Luisa. Ha salido mi mamá.
(¿Si me engañaré?)
Carlos. (¡Qué hurona!)
Supuesto que usted me impulsa
a entrar...
Luisa. Yo... no...
Carlos. Y es preciso
asearme..., con permiso...
[Entrando en la habitación de la derecha.]
(No es fea, mas ¡tan insulsa!)

ESCENA III.

LUISA.

¿Qué soy a sus ojos yo?
¿Cabe más profundo olvido
que no haber reconocido
a la misma a quien amó?
No: mentida fue tu llama,
hombre falso y sin conciencia.
¿Qué son cuatro años de ausencia
para quien de veras ama?
Yo, que era una niña entonces,
te reconozco al instante,
y en lo firme y lo constante
venzo a mármoles y bronces;
y cuando yo no delinco,
tú que me llevas, ¡oh afrenta!
ocho años, pues por mi cuenta
ya has cumplido veinticinco,
¿sientes el sopor del opio
cuando a tus ojos parezco?
Pues más que entonces merezco,
o me engaña el amor propio.
Y este es el único amor

que a abdicar no me resigno:
del otro... ya no eres digno.
Yo lo emplearé mejor.
¡aleve! ¡Con qué alborozo
mis brazos le hubiera abierto
si fiel... Porque ello es lo cierto
que vuelve arrogante mozo;
y aunque por siempre le obstruyo
la senda del corazón,
está muy puesto en razón
dar al César lo que es suyo.—
Pero ¿y si es vano fantasma
que me representa a Carlos?
No es maravilla encontrarlos
de un parecido, que pasma.
[Tomando otra vez la boleta y leyéndola.]
La boleta dice solo:
“Alojará a un capitán,!
sin llamarle Pedro o Juan,
Hermenegildo o Manolo.—
Averiguarlo es urgente,
porque mientras no sepa...
¿Y cómo?... ¡Ah! ...Sí; haré que Pepa
lo pregunte al asistente.
Si no es Carlos por ventura,
no tengo motivo... Pero...
Siento pasos... ¡Ah! no quiero
que eche de ver mi amargura.
*[Al desaparecer Luisa por la puerta del foro, vuelve D.
Carlos por donde se fue.]*

ESCENA IV.

D. CARLOS.

Limpio ya del polvo vil
mi uniforme itinerario,

presentarme es necesario
a la autoridad civil,
pues mi buena o mala estrella,
que eso se verá después,
me destaca por un mes
a la ciudad de Marbella;
y luego me haré presente
en el cuartel de la tropa,
mientras dispone la sopa
el tuno de mi asistente.—
A la francesa me iré,
pues ya despejó esta sala
la pudibunda zagala
con quien antes me encaré.
Polla de la nueva cría, .
pero en lo sosa y lo pava
más parece escandinava
que fruta de Andalucía.

[Yéndose.]

No le diré tus ni mus...

[Viendo a Leonor, que llega, en traje de visita, por la
puerta del foro.]

¡Ah!

ESCENA V.

D. CARLOS. LEONOR.

<i>Leonor.</i>	Caballero...
<i>Carlos.</i>	A los pies de ... (¡Qué ojos! ¡Esta sí que es de la tierra de Jesús!)
<i>Leonor.</i>	Usted será, señor mío, el capitán alojado...
<i>Carlos.</i>	Y muy humilde criado...
<i>Leonor.</i>	Gracias.

Carlos. (¡Qué garbo! ¡qué brio!)

Sea mil veces bendita
la suerte que me depara
una patrona (¡qué cara!)
tan amable y tan bonita.

Leonor. Mil gracias...

Carlos. (Es singular.)

Leonor. No haré yo dengues de monja
por esa trivial lisonja,
tan propia de un militar.

Carlos. No hay lisonja en el tributo
que con vida y alma doy
a una deidad... (yo me voy
a enamorar como un bruto.)

Leonor. No presumo tanto yo
de donosa ni de linda,
que a mí sin luchar se rinda
un corazón...

Carlos. ¿Por qué no?

¿Tanto necesita el rayo,
desprendido de alta cumbre,
para abrasar con su lumbre
la mies que doraba mayo?
Y rayos son esos ojos
a cuyo dulce fulgor
arden las almas de amor.

Leonor. ¿Qué haré con tantos despojos?
Cosa es que me da desmayos
pensar que todo el que pase,
para que yo no le abraze
necesite un pararrayos.

Carlos. ¡Eh! no hay que tomarlo a broma.
Otra vez, y tres, y cuatro
digo a usted que la idolatro
sin quitar punto ni coma.

Leonor. No creo en pasión tan rápida.

- Carlos.* Así son las verdaderas.
Si no la amo a usted de veras,
cubra mi cuerpo una lápida.
- Leonor.* ¡Hombre de Dios!...
- Carlos.* Soy formal,
y mi fin es puro, honesto;
¿lo oye usted?— Pero, a todo esto,
es usted libre?
- Leonor.* Sí tal.
- Carlos.* Soltera, supongo.
- Leonor.* ¡Viuda!
- Carlos.* No reñiremos por eso.
Se entabla el nupcial proceso,
y sale usted de la duda,
- Leonor.* Pero, señor, ¿qué dirán
si...?
- Carlos.* Mire usted, dueño mío,
que hay derecho a montepío.
- Leonor.* ¡Jesús!... Yo...
- Carlos.* Soy capitán.
Y llevaré al matrimonio,
amén de mis charreteras (*),
mi hacienda de Pedroñeras,
que es decente patrimonio,
Vea usted...
- Leonor.* (No está en su juicio.)
- Carlos.* Si el partido es de su agrado
o no, mientras yo doy vado
a un asunto del servicio,
y ejemplos propios y ajenos
quizá le den testimonio

(*) Posteriormente se han variado las insignias de los jefes y oficiales del ejército.

de que el mejor matrimonio
es el que se piensa menos.

ESCENA VI.

LEONOR.

¿Es broma de carnaval,
o se reproduce en mí
lo de *llegué, vi y vencí*
que cuentan de un general?
Todavía no me anula
el hielo de la vejez.

[*Mirándose al espejo.*]

Aún está fresca mi tez,
si el espejo no me adula.
Aún merezco yo que afile
en mi talle amor su flecha.
Treinta y tres años no es fecha
para que una se jubile.
Más edad tenía aquella
gitana, hija del demonio,
cuando todo un Marco Antonio
hizo locuras por ella.—
Siempre el corazón se ensancha
cuando una... Y el capitán
no hay duda que es muy galán...,
y con hacienda en la Mancha.
No es culpa mía que roben
mis ojos su alma rendida,
ni es mucho que reincida
mujer que enviudó tan joven;
y si mi ventura labra
con la boda que ha insinuado,
¿será tan grave pecado
cogerle yo la palabra?

¿Por qué...? Pero es desatino.
¿Qué bien de ese lazo espero?
¿Podrá ser muy duradero
un amor tan repentino?
Y aunque a mi egoísmo cuadre
ver que un esposo me escuda,
al recordar que soy viuda
¿cómo olvido que soy madre?
Mi corazón, de ese modo,
partiera con otro yo...
¡No, hija de mi vida, no!
Tú le necesitas todo.

ESCENA VII.

LEONOR. LUISA.

Luisa. ¡Mamá! (¡Él es: no me engañé!)

Leonor. [Quitándose la mantilla.]

Ven, me ayudarás...

Luisa. (¡Malvado!)

[Ayuda a Leonor a desprenderse la mantilla y luego la dobla.]

Leonor. Tenemos un alojado.

Luisa. Sí, un capitán; ya lo sé.

Saliste apenas de aquí
a visitar a la tía
cuando (por desgracia mía)
llegó, y yo le recibí.

Leonor. Y si tú supieras, Luisa...

Luisa. Y si supieras, mamá...

Leonor. ¿Cómo? (A ella también quizá...)

Esa turbación me avisa...
¿Te ha dicho algún chicleo?

Luisa. No. ¡Es tan adusto!...

Leonor. No tal;
al contrario; muy jovial,
muy galante..., y nada feo.

Luisa. Pues... ¿cómo...?

Leonor. A fé de Leonor.
Después de un breve preludio,
sin ambages, sin estudio,
me ha declarado su amor.

Luisa. ¿Qué escucho! ¡Su amor!

Leonor. ¿Te pesa?

Luisa. No por cierto; antes bendigo...
(Se finge huraño conmigo,
y a mamá... ¡Dulce sorpresa!)

Leonor. Y no es pasión mal nacida
la suya. En vínculo honesto...
¿Lo apruebas tú...?

Luisa. Por supuesto,
con el alma y con la vida.

Leonor. (¡Ah! sin envidia, sin duelo
me vería en nuevos lazos...)
¡Ven, ángel mío, a mis brazos!
[La abraza.]
(¡He aquí una hija modelo!)
Sólo amo a mi Luisa.

Luisa. ¡Oh, sí!

Leonor. Mi bien sólo en ella fundo.

Luisa. ¡Mamá!...

Leonor. Por nadie en el mundo
me separaré de ti.

Luisa. Si al alcázares de alabastro
me llevasen, yo tampoco...

Leonor. Cálmate. Ese hombre está loco.
¡No te daré yo un padrastro!

Luisa. ¿Padrastro has dicho? Ay mamá!
¿Luego...? (Me ahoga la ira.)

¿Luego la mano a que aspira
es... la tuya?

Leonor. Claro está.
¿Creíste acaso...?

Luisa. Entendí...

Leonor. ¿Qué eras tú la...?

Luisa. Sí.

Leonor. ¿Qué escucho!
¿No me dijiste, no ha mucho,
que era tan esquivo?

Luisa. ¡Ay, sí!

Leonor. Pues ¿cómo?...
Luisa. No soy tan necia
como tú presumes, no.
Algún día me adoró
ese hombre que hoy me desprecia.

Leonor. ¿Cuándo?

Luisa. Ha cuatro años...

Leonor. ¡Santa Ana!

Luisa. Cuando desde Cádiz fui
con mi tía Angustias...

Leonor. Sí,
a los baños de Chiclana.
yo te dejé a mi pesar;
pero de todo se pica...
Lo exigió, te quiere, es rica,
y la puedes heredar.

Luisa. Yo me reunía allí,
casa de doña Belén,
con otras muchachas...

Leonor. Bien.

Luisa. Dolores, Amparo...

Leonor. Sí.
Suprime esa letanía.

Luisa. Jugábamos al bisbís.

Leonor. ¡Pche!
Luisa. Bailábamos *schotis*...
Leonor. (¡Ay!)
Luisa. Polca...
Leonor. (¡Virgen María!)
Luisa. Allí fue mi pretendiente...
Leonor. Acaba.
Luisa. ¡Suerte cruel!
Carlos Heredia; ese infiel...
que era entonces subteniente.
Leonor. ¿Y le diste oídos?
Luisa. Sí.
Leonor. ¡Hase visto el arrapiezo!...
Luisa. ¡Ah, tú no estabas allí!
Leonor. Cierto. Mal hayan los baños,
y las necias pretensiones...
¡Quite usted los pantalones
a las niñas de trece años!
Y en fin, el tierno Macías...
Luisa. Me juro eterna constancia...
Leonor. Cuatro frases sin sustancia...
Luisa. Y a los ocho o nueve días...
Leonor. Te plantó por otra: es claro.
Luisa. Se fue muy lejos. ¡Un mes
de marcha!
Leonor. Bien; y después
¿te escribió?
Luisa. Sí, desde Alfaro.
Leonor. Por supuesto, respondiste...
Luisa. Sí.
Leonor. Y a correo seguido
otra vez...
Luisa. Del fermentido
no vi ya más carta. ¡Ay triste!
Yo, novicia en la carrera,
otra escribí, madre mía...

- Leonor.* Mal hecho.
- Luisa.* Por si se había
extraviado la primera.
- Leonor.* Merecías una tunda...
- Luisa.* Y otra después...
- Leonor.* ¡Mal pecado!...
- Luisa.* Por si no habían llegado
la primera y la segunda.
Perdí en fin toda esperanza...
- Leonor.* Nunca debiste tenerla.
¿Qué es llamarte rosa y perla
bailando una contradanza?
¿Qué es ponderar el exceso
de su pasión mozo imberbe
cuando la sangre le hierve
y tiene fárfara² el seso?
- Luisa.* Quizá esa disculpa dé;
mas convencida no estoy.
Yo era una niña, aun lo soy,
mamá, ¡y le he guardado fe!
- Leonor.* (Pronto la pobre comienza
a sufrir...) Mas ¿por qué así
callar tu pena...
- Luisa.* ¡Ay!
- Leonor.* ¡A mí!
- Luisa.* Porque me daba vergüenza.
- Leonor.* Ahora el motivo comprendo
de tu esquivéz, tu apatía...
- Luisa.* Seré otra desde este día.
Tú veras cómo me enmiendo.
- Leonor.* ¡Plegue a Dios!

2. **Fárfara.** 'A medio hacer'.

Luisa. Con mano fuerte
echaré de mí al falsario...
Ya no le amo, no: al contrario,
le tengo un odio de muerte.—
¿Qué digo? ¡Simple de mí!
Perdona, mi labio mintió.
¿Puedo aborrecerle yo
cuando él delira por ti?

Leonor. ¡Eh! calla, no digas tal.

Luisa. Otra me daría rabia,
mas tú...

Leonor. ¡Amar yo a quien te agravia!
¡Yo, hija mía, tu rival!

Luisa. ¿Por qué no? Él te hará dichosa...

Leonor. ¿Cómo, si tú no lo eres?

Luisa. No turbaré tus placeres
si te place ser su esposa,
y llamaré, sin pesar,
padre al que tantos sonrojos...

Leonor. ¡Sin pesar, y están tus ojos
reventando por llorar!

Luisa. Y si mejor consideras
para la paz de las dos
que un claustro...

Leonor. ¡Calla, por Dios,
calla, que me desesperas!
¡Cierto que fuera oportuno,
cuando su traición maldigo,
casarme con él!... ¿Qué digo?
Ni con él ni con ninguno.—
Pero aún dudo... ¿Él te ha mirado?

Luisa. Sí, y no me ha reconocido.

Leonor. No importa...

Luisa. ¡Cómo!...

Leonor. El olvido
le perdono de buen grado;

pero ¡desdeñarte así,
aun sin recordar tu nombre!
¿Cómo tiene ojos ese hombre
para preferirme a ti?

Luisa. ¿Qué valgo...?

Leonor. No, él no te ha visto.—

Pero... con ese pergeño,
no es mucho que zahareño...
Y ese pelo... ¡Jesucristo!...
Corre al tocador: no te halle
otra vez el oficial...
¡Afuera ese eterno chal
que eclipsa tu lindo talle!

Luisa. Es inútil...

Leonor. No tal. Ponte
la mejor gala que tengas.
y mira alto cuando vengas.
Tuyo es todo el horizonte.—
Para mí siempre estás bien.

Luisa. ¡Mamá!...

Leonor. Pero el hombre exige...

Luisa. ¿Y venceré con un dije
más o menos su desdén?

Leonor. ¿Quién sabe...? Y siempre conviene
que te vea en ademán
de inspirar a otro galán
el buen gusto que él no tiene.

Luisa. Pero...

Leonor. Compláceme en esto.

Luisa. Sí...

Leonor. Va a volver... ¿Qué haces? ¡Anda!

Luisa. Si mamita me lo manda...

Leonor. Sí, por señas de este beso.

[*Se besan y Luisa se retira por el foro.*]

ESCENA VIII.

LEONOR.

Su tía, que no es un lince.

[*Se sienta.*]

en los trece años fió,
sin considerar que yo
entré en el yugo a los quince;
y pues al ciego Cupido
no plugo que esa rapaza
degenere de su raza...
¡Ah! Ya está aquí el consabido.

ESCENA IX.

LEONOR. D. CARLOS.

Carlos. Ya me tiene usted de vuelta.

Leonor. Muy bien.

Carlos. ¿Acerco una silla?

Leonor. No me opongo...

Carlos. (Sin mantilla
está mejor, más esbelta.)

[*Sentándose.*]

Sepa usted que en el camino
he reflexionado....

Leonor. Bueno;

y ha visto usted, más sereno,
que iba a hacer un desatino.

Carlos. ¿Desatino? ... En media hora
no mudo yo...

Leonor. (¡Pobrecito!)

Carlos. Cuanto más recapacito,
más me gusta usted, señora.

Leonor. ¡Bah!

Carlos. Si al tierno amor que siento
llama usted calaverada,

- a bien que no es puñalada
de pícaro³ el casamiento.
Yo he menester real permiso,
y mientras viene o no viene,
aquí me estaré perene
esperando el Paraíso.
- Leonor.* Antes que la real licencia
necesita usted la mía,
y... no puedo...
- Carlos.* ¿Por qué, impía?
- Leonor.* Porque es cargo de conciencia.
- Carlos.* ¿Como cargo...?
- Leonor.* Sí, señor.
Soy mayor que usted.
- Carlos.* ¿Qué importa
una diferencia corta...
- Leonor.* Soy madre.
- Carlos.* Tanto mejor.
Esto es una garantía
que promete...
- Leonor.* No me allano
a dar tal vez un tirano
a la hija del alma mía.
- Carlos.* Esos presagios siniestros
me ofenden. No hay egoísmo
en mí: la amaré lo mismo
que a los míos...; a los nuestros.—
Será parvulita.
- Leonor.* No,
que ya es casadera.

3. **Puñalada de pícaro.** Hacerse las cosas con precipitación, con urgencia; expresión que se emplea también en *Marcela* y *Mi secretario y yo*.

- Carlos.* ¿Ya?
¿Cómo...? Ahora caigo...Será
la que antes me recibió.
- Leonor.* Eso, lo dudo.
- Carlos.* ¿Por qué?
- Leonor.* Porque viéndola tan bella...
- Carlos.* (¡Bella!)
- Leonor.* No a mí, sino a ella
consagrara usted su fe.
- Carlos.* No haré yo, ni por asomo,
una oposición formal
a ese orgullo maternal...
Pero... ¡casadera!... ¿Cómo...?
Ello sí, me pareció
un tanto desarrollada...;
pero eso ¿qué prueba? Nada.
- Leonor.* ¿No prueba nada?
- Carlos.* Aquí no.
Feraz aquí, como en Lima,
es la tierra de tal modo...
Flor, mies, árbol, mujer...; todo
es precoz en este clima.
Mas puede físicamente
se núbil..., no lo disputo,
y estar en agraz el fruto
del corazón y la mente;
porque, en años juveniles
viendo a su madre, presumo
que esa muchacha, a lo sumo,
podrá tener doce abriles.
- Leonor.* ¡Diecisiete!
- Carlos.* ¡Dios inmenso!—
Entonces está atrasada.
- Leonor.* No lo creo yo.
- Carlos.* O taimada
me engaña usted.

Leonor. Ni por pienso.

Carlos. ¡Diecisiete!, y sin embargo,
usted, que le ha dado el ser,
solo representa...

Leonor. ¿A ver?

Carlos. Veintiséis, y echo por largo.

Leonor. ¡Ojalá!

Carlos. Ahora bien, descuento
la diferencia, que es leve,
y saco que fue a los nueve
el feliz alumbramiento.
Ya ve usted que esto es absurdo.

Leonor. No hay de tal precocidad
ejemplo...

Carlos. En suma, ¿a qué edad
se casó usted? Yo me aturdo.

Leonor. Si la memoria me es fiel,
a los dieciocho.

Carlos. ¡Señora!
¿Luego tiene usted ahora...?

Leonor. Treinta y seis.

Carlos. (¡Dios de Israel!)

[*Se queda pensativo.*]

Leonor. (Tres añado a mi balija,
y otra sisara quizás
diez...; pero eso y mucho más
sé yo hacer por una hija.)

Carlos. ¡Leonor!

Leonor. ¡Le estremece a usted
mi partida de bautismo,
y al oír ese guarismo
terrible, rompe la red...

Carlos. ¡No!

Leonor. ¿Qué importa...? No me enfado...
en lance como el presente,

otra no tan fácilmente
se hubiera espontaneado;
pero yo...

Carlos. Es usted completa.

Leonor. ¡Oh!...

Carlos. La única para esposa:
tan sencilla como hermosa,
tan noble como discreta.
¿Qué monta, con tal virtud
y cara tan hechicera,
de esa edad que usted pondera
la inverosimilitud?

Leonor. La de usted, para marido
es muy temprana.

Carlos. ¡Oh! no creo...

Por san Carlos Borromeo
cinco lustros he cumplido.

Leonor. ¡Doce años antes nací
que mi tierno pretendiente!

Carlos. Pero...

Leonor. Los que él justamente
debiera llevarme a mí.

Carlos. Si fuera usted de la pasta
de otras...; pero ¡un serafín!...

Leonor. No; ¡flaca mujer!

Carlos. En fin,
la adoro a usted, y esto basta.

Leonor. ¡Ay, que la vejez madruga
más de lo que es menestrer!
Si aún no la tenía ayer,
quizá mañana... una arruga...

Carlos. [*Inquieto por un momento y acercándose para
mirar con más atención a Leonor.*]

(¿Arruga?) No; en ningún lado.
Jamás del tiempo la furia

- hará semejante injuria
a ese cutis nacarado.
- Leonor.* Pero...
- Carlos.* Ea, un sí, ¡prenda amada!
[*Se levanta Leonor, y en seguida don Carlos.*]
- Leonor.* (¡Jesús!... ¡Y Luisa no viene!...)
- Carlos.* Usted es la que me conviene;
usted es mi predestinada.
- Leonor.* Pero ¿y si usted no es el mío?
- Carlos.* Si ese pecho es tan ingrato,
moriré en el celibato.
- Leonor.* (¡Ah! ¿Y mi Luisa? ¡Desvarío!
- Carlos.* ¡Nada, no me casaré!
- Leonor.* Aún es usted muy mancebo,
y otras, ya que yo no debo
mudar de estado...
- Carlos.* ¿Por qué?
¿Qué viuda así se encanija
cuando es joven y tan bella
y le depara su estrella...
- Leonor.* ¡Mi hija!...
- Carlos.* ¡Dale con la hija!
Si eso le da sentimiento,
que se case ella también,
y si no tiene con quién,
que se meta en un convento.
- Leonor.* ¿Qué...?
- Carlos.* ¡Perdón!... Mi necedad
es consecuencia precisa
de...
- Leonor.* ¡Luisa!
[*A la puerta del foro.*]
- Carlos.* ¿Se llama Luisa?
- Leonor.* ¡Bonito nombre!: ¿verdad?
- Carlos.* En efecto...
[*Algo preocupado.*]

Leonor. ¿Algún amor
le recuerda a usted...?
Carlos. No...
Leonor. (¡Qué hombre!)

Carlos. Sí, bonito es ese nombre,
mas prefiero el de Leonor.
Leonor. ¿Sí?
Carlos. No le hay más de mi agrado,
a fe de Carlos Heredia.
Leonor. Para dama de comedia
famosa, pintiparado.

ESCENA X.

LEONOR. D. CARLOS. LUISA.

[*Viene Luisa muy elegante y en cuerpo.*]

Luisa. Mamá...
Leonor. [*En voz baja.*]
No estés como en misa.
Carlos. (¡Qué veo!)

Luisa. [*Con desembarazo.*]
Muy servidora
de usted.
Leonor. (Está encantadora.)
Le presento a usted mi Luisa.
Carlos. Cuyos pies beso. (¡Qué mona!)

¡Mejor que la de Logroño!
Leonor. ¿Qué tal?
Luisa. [*En voz baja.*]

¡Ah!...
Carlos. Digno retoño
de mi adorable patrona.
Luisa. (¡Oh!)

Leonor. [*En voz baja.*]
¡Niña, que te delatas!

Carlos. (O es otra...)
Luisa. [*Aparte con Leonor, rápidamente.*]
¿Me mira?
Leonor. Sí.
Carlos. (O cuando al entrar la vi
tenía yo cataratas.)
Leonor. Aunque pimpollo temprano,
de mil primores se adorna.
Luisa. No crea usted... Me abochorna...
Leonor. Maestra es ya en el piano.
Luisa. ¡Maestra!
Carlos. (¡Eso más!)
Luisa. ¡Qué error!
Yo sé lo poco que valgo,
y no me engrío....
Leonor. Toca algo
para que te oiga el señor.
Carlos. Ruego a usted...
Luisa. Yo...
Leonor. ¿No obedeces!
Luisa. Sí, ya voy.
Carlos. (Es celestial.)
Luisa. Por no hacerlo tarde y mal,
que es hacerlo mal dos veces.
[*Se sienta al piano y hace algún preludio. D.*
Carlos se acerca a ella.]
Leonor. (Ya la niña le embelesa.)
Carlos. (Las dos...)
Leonor. Este caballero
me hará la honra, lo espero,
de aceptar mi pobre mesa.
Carlos. Señora...
Leonor. No admito excusas.
A dar mis órdenes voy...
Luisa. ¡Mamá!...

Leonor. Y prescindo por hoy
de corcheas y de fusas.

ESCENA XI.

LUISA. D. CARLOS.

*[Breve silencio mientras Luisa toca los primeros compases
de una romanza.]*

Carlos. ¡Bien! Lo hace usted a las mil
maravillas.
[Luisa sigue tocando. Otra breve pausa.]
(¡Cosa extraña!...
O vana ilusión me engaña,
o yo he visto ese perfil...)
¡Brava!

Luisa. *[Sin dejar de tocar.]*
Gracias.

Carlos. (Pero no hago
memoria de quién será...
Luisa... Sí, su nombre va
unido a un recuerdo vago...)
[Cesa la música y Luisa se levanta.]
¡Muy bien! Bella es la romanza,
pero usted le da tal vida...

Luisa. Aunque poco merecida,
agradezco la alabanza.

Carlos. Dígame usted... (Es pregunta
que no la haría un salvaje;
mas tal la ha mudado el traje...)

Luisa. (Parece que algo barrunta...)

Carlos. ¿Es usted la que al entrar
me recibió...?

Luisa. Sí, la misma.
(Ya me ve por otro prisma.)

- Carlos.* Perdone usted si... El ajuar...
 (Ya he soltado otra sandez.)
 Y... ¿siempre, hermosa doncella,
 ha estado usted en Marbella?
 ¿No ha viajado alguna vez?
- Luisa.* Cádiz fue nuestra vivienda
 muchos años...
- Carlos.* (Cádiz... No.)
- Luisa.* Y luego aquí se fijó
 mamá por cuidar la hacienda.
- Carlos.* [*Con el dedo índice en la frente.*]
 No doy...
- Luisa.* ¿Qué misterio esconde
 tanta...?
- Carlos.* ¡Memoria maldita!...
 Yo he visto a usted, señorita;
 mas no sé cuándo ni dónde.
- Luisa.* ¿Conque si una no se allana
 a ayudar...? Cuatro años ha
 estuve en los baños...
- Carlos.* ¡Ah!
 Sí en los baños de Chiclana.
- Luisa.* [*Resentida.*]
 ¡Al fin!...
- Carlos.* (Con razón se irrita.)
 ¡Ah! ¿qué dirá usted de mí?
- Luisa.* ¿Qué he de decir!
- Carlos.* Cierto; allí
 nos conocimos, Luisita.
 ¿Recuerda usted...?
- Luisa.* Es notorio;
 y para ello, aunque mujer,
 no he necesitado hacer
 un largo interrogatorio.

- Carlos.* Luego... La fatalidad...
la disciplina..., la gloria...
En fin, pecó mi memoria,
pero no mi voluntad.
- Luisa.* ¿Y cómo –esto no es querella;
que ningún pesar me encona–
¿cómo quiere a una persona
el que no se acuerda de ella?
- Carlos.* Yo dije... (Está interesante.)
Es muy tierna todavía...
Mañana o esotro día
proveerá la vacante.
- Luisa.* Tierna, sí... (¡Más de lo justo!)
Usted me juzgó muy mal...;
pero dueño es cada cual...
- Carlos.* Yo...
- Luisa.* De mejorar a su gusto.
[*Con ironía.*]
Sí, porque otro amor le apremia,
usted desdeña *lo tierno*...
(¡Ah! ¡qué digo! ¡Dios eterno,
perdóname esta blasfemia!)
- Carlos.* ¡Pésame...! Yo no sabía...
- Luisa.* ¡Oh!... Todo lo olvido ya.
Ame usted a mi mamá.
Bien merece...
- Carlos.* (¡Qué agonía!)
No; yo prefiero... (¿Sé yo
acaso lo que prefiero?)
- Luisa.* A ella, sí.
- Carlos.* (¡Me desespero!
Ambas son damas de pro...)
- Luisa.* (Si una calla, mal, y si habla...)
- Carlos.* ¡Oh Luisa!

Luisa. ¡Carlos!...
Carlos. No soy
digno de...
Leonor. [Dentro.] ¡Luisa!
Luisa. ¡Allá voy!
[Corriendo hacia el foro.]
(Me he salvado en una tabla.)

ESCENA XII.

D. CARLOS.

¡Heme aquí reo confeso
de conato de bigamia!—
Dejar a Luisa es infamia;
mas Leonor... Yo pierdo el seso.
Si para una boda somos
tres, ¿cómo, negra fortuna,
refundo a las dos en una
o me parto yo en dos tomos?
¿Por qué —¡merecía azotes!—
en Luisa no me fijé
cuando... Pero el *negligé*...,
los malditos papillotes...
Y luego el donaire, el alma,
la finura de Leonor...
Sí, sí, es cosa... ¡superior!
Para ella será la palma.

[Llega Leonor, vestida de trapillo, ceñido un delantal de cocina,
y con pañuelo atado a la cabeza como las vascongadas.
D. Carlos, entregado a sus meditaciones, no la ve.]

ESCENA XIII.

D. CARLOS. LEONOR.

Leonor. (Aunque me imponga un suplicio
que a mi vanidad aflija,

hagamos por una hija
el último sacrificio.)
Don Carlos...

Carlos. ¡Ah!...

Leonor. Vengo a ver
si algo se ofrece...

Carlos. (¡Qué ropa!...)

Leonor. Mientras se cuece la sopa.

Carlos. (¿Es nodriza de alquiler?)
Gracias...

Leonor. (De verme se asombra.
¡Bien!)

Carlos. Ese prendido... (¡Horror!)
Ese... Viene usted, Leonor,...
que no parece su sombra.

Leonor. ¿Es posible!... Vengo así
porque... (Ya se pone triste.)

Carlos. Es raro...

Leonor. Si usted persiste
en su pensamiento...

Carlos. [Violentándose.] Sí...

Leonor. Debemos ya principiar
a tratarnos con llaneza.

Carlos. Sin embargo, esa cabeza...
¡Por la Virgen del Pilar!...

Leonor. La toca a la vizcaína
¿le horripila a usted?

Carlos. No digo
tanto...; pero...

Leonor. Por abrigo...

Carlos. ¡Siquiera una papalina⁴!

4. **Papalina.** 'Cofia de mujer, generalmente de tela ligera y con adornos'.
(DRAE, 2).

- Leonor.* Con los vestidos de fiesta
no despachan las mujeres
de gobierno los quehaceres
de casa... (Ya me detesta.)
- Carlos.* Pero...
- Leonor.* Es fuerza que se soben,
se ajen...
- Carlos.* [Señalando al delantal.]
¿Y eso?...
- Leonor.* Limpio está...
todavía: es lunes.
- Carlos.* (Ya
no me parece tan joven.)
- Leonor.* No todo ha de ser palique...
- Carlos.* (¡Hum!) Cierto...
- Leonor.* (Apenas me escucha.)
Cuando la hacienda no es mucha,
preciso es que una se aplique...
- Carlos.* Sí... (Me iría a Jamaica
primero...)
- Leonor.* Para una hermosa
no es mengua el ser hacendosa.
- Carlos.* [Entre dientes.]
Es decir, vulgar, prosaica...
- Leonor.* Mujer frívola, que acopia
moños, melindres y amantes
y nunca suelta los guantes,
no es la mejor para propia.
- Carlos.* [Casi convencido.]
¡Es verdad, sí!
- Leonor.* (¿Ya cerdea??)

5. **Cerdear.** 'Flaquear'.

- Carlos.* Mujer divina, por más
que estudies con Satanás
para parecerme fea...
- Leonor.* ¡Don Carlos!... (¡Quién lo diría!
¡Le doy armas contra mí!)
- Carlos.* Tu bella mano...
- Leonor.* [Retirándola.] ¡Alto ahí!
- Carlos.* ¿Es desdén?
- Leonor.* [Sonriéndose.] No: es... policía.
- Carlos.* ¿Eh?
- Leonor.* No soy de esas sardescas⁶
que... Mas vengo del hogar...
- Carlos.* ¡Oh!
- Leonor.* Acabo de aderezar
anchoas... Pero ¡qué frescas!—
¿Le gustan a usted?
- Carlos.* [De mal humor.] Sí..., algo...
- Leonor.* Es cosa rica.
- Carlos.* (Yo sudo.)
- Leonor.* Para eso, y para un menudo,
el oro que peso valgo.
- Carlos.* (¡Yo fallezco!)
- Leonor.* En salpicón...
- Carlos.* ¡Señora!
- Leonor.* Son mi deleite,
con su vinagre, su aceite...
- Carlos.* ¡Oh!
- Leonor.* Y cebolla y pimentón.
- Carlos.* Bien... Mas para esos adobos
¿no hay criada?
- Leonor.* Claro está.
(Venceré.)

6. **Sardesca.** 'Áspera'.

- Carlos.* (Sí, bien tendrá
los treinta y seis... Sí, sí; ¡bobos!)
- Leonor.* Pero ¡son tan zafias!... Yo ando
en todo....
- Carlos.* ¡Ah!
- Leonor.* Siempre una guisa
con más...
- Carlos.* ¿Y... (¡Yo tiemblo!) ¿Y Luisa?
¿Está también cocineando?
- Leonor.* Ella no. ¡Pobre muchacha!
No quiero yo que se pringue...
Todavía no distingue
del apio la remolacha.
Un día, si es menester,
aprendiendo lo que ignora,
será toda una mujer.
Ahora todo el tiempo es corto
para el piano...
- Carlos.* ¡Qué bien toca!
Yo la oí con tanta boca...
- Leonor.* ¿De veras?
- Carlos.* Estoy absorto.
- Leonor.* ¿Y bordar en todas telas?
- Carlos.* ¡Ah!
- Leonor.* Y si coge los pinceles...
- Carlos.* ¡También el arte de Apeles...!
- Leonor.* Ya verá usted ¡qué acuarelas...!
- Carlos.* ¿Sí? (¡Qué alhaja! Y mis rigores...
¡He sido un mal hombre, un pillo!)
Y... ¿Qué hace...?
- Leonor.* En el jardincillo
está...
- Carlos.* [Impaciente.]
¿Sí?
- Leonor.* Cogiendo flores.

- Carlos.* (¡Para mí tal vez! ¡Ay! harto
hace la cuitada...)
- Leonor.* Son
para adornar el jarrón
que habrá usted visto en su cuarto.
Se lo he mandado...
- Carlos.* ¡Ah! Yo estoy
confuso...
- Leonor.* ¿Por qué?— Y ufana
Luisa... Desde esa ventana
puede usted verla...
- Carlos.* ¿Sí? Voy...
[*Corre a mirar por la ventana. Le sigue Leonor.*]
¡Allí está!
- Leonor.* Ahora coge un nardo.
- Carlos.* Más blanca es su mano.
- Leonor.* ¿Sí?
Ahora coge un alhelí.
- Carlos.* ¡Qué talle! ¿Le hay más gallardo?—
¡Ay Dios! La esconde un arbusto.
- Leonor.* No brilla más pura el alba.
¡Y qué índole! Es una malva.
Nunca me ha dado un disgusto.
- Carlos.* Ya vuelve— ¡Qué agil, qué diestra
va de una flor a otra flor!—
Se ha lucido usted, Leonor.
- Leonor.* ¡Yo!...
- Carlos.* ¡Es una obra maestra!
- Leonor.* ¡Cuál me alegra el que la alaba!—
Pero aparte usted, por Dios;
no nos vea así a los dos
cayéndonos la baba.
[*Le hace retirarse de la ventana, y
disimuladamente hace en ella una seña con el
pañuelo.*]
- Carlos.* ¿Qué importa? ¡El alma la adora!

Leonor. ¿Sí?

Carlos. Es mi gloria y mi delicia.

Leonor. ¡Al fin, le hace usted justicia!
¡gracias a Dios! ¡ya era hora!

Carlos. ¡Ah, perdón! Soy un badea⁷...

Leonor. ¡Perdón! ¿De qué? ¿Soy yo loca?
Pues lo que dice esa boca
¿no es lo que el alma desea?

Carlos. ¡Oh! mereces que te erija
un templo, mujer sin copia.
¡Tan bella, y contra sí propia
conspirar...!

Leonor. *¡Por una hija!*

Carlos. ¿Qué es ya la virtud estoica
que tanto, ¡oh Roma! decantas?
Déjame besar tus plantas,
matrona sublime, heroica.

Leonor. [Deteniéndole.]
No permito, ni es razón...
Soy feliz y no me ofendo...
[Viendo entrar a Luisa con un ramo de flores en
la mano.]
Esa es la que está pidiendo
un acto de contricción.

ESCENA ÚLTIMA.

LEONOR. D. CARLOS. LUISA.

Carlos. ¡Perdón, Luisa!

[Cae a sus pies.]

Leonor. (¡Pobre mozo!)

Luisa. ¿Se le doy, o se le niego?

7. **Badea.** 'Sinsustancia'; por la insipidez de melones, sandías y pepinos –así llamados– de mala calidad.

Leonor. Sí, Luisa: yo te lo ruego.

Luisa. Alza, pues...

[Se levanta D. Carlos.]

Y toma.

[Le da el ramo: D. Carlos besa con entusiasmo la mano de Luisa.]

Carlos. ¡Oh gozo!

Leonor. ¡Vencí!

[Abrazando a Luisa y Carlos.]

¡Hijos míos!

Carlos. [A *Luisa.*] ¡Qué escuela!

Luisa. ¡Ah! ¿qué madre haría más!

Leonor. Y el pago que me daras
será...

Luisa. ¿Cuál?

Leonor. [Con resignación cómica.]

¡Hacerme abuela!

